

Literatura y misticismos

TRAVESÍA POÉTICA ENTRE ORIENTE Y OCCIDENTE

Conferencistas: Carmen Millán de Benavides y Diana Alejandra Ochoa

Moderador: Carlos Jaime Fajardo

Relator: Carlos Julio Ayram

*“Cuando desde una nube una gota de lluvia caía,
ella vio el mar y muy avergonzada se sentía.
Ella decía ¿Quién soy yo frente a esta inmensidad?
Y mientras ella se miraba con ojos de humildad
una almeja la protegió en su cavidad”
Sa’di de Shiraz, El jardín de los secretos*

El mes de mayo propuso una travesía cuyo itinerario se revela como una experiencia poética entre Oriente y Occidente, específicamente entre dos territorios, que pese a su distancia geográfica, son pioneros de la poesía espiritual y mística: Irán y España. Mayo invita a un viaje a través de la poesía Sufi y de la poesía mística española, dos formas poéticas que asumen la espiritualidad y la relación con Dios desde una condición de inefabilidad que está atada de manera irremediable al éxtasis, la caligrafía como representación de lo sagrado y el erotismo como afirmación de la vida. Mayo fue en esta ocasión, una experiencia inefable, un encuentro con la palabra espiritual, otra manera de



asumir una relación estrecha con Dios y el amor que se puede expresar en su inmensa presencia.

Carmen Millán de Benavides, profesora investigadora de la Universidad Javeriana, especialista en Literatura del siglo de oro español y a Diana Alejandra Ochoa, Literata de la Universidad Javeriana, Magister en Irán y lectora experta de poesía Sufí, trazaron en esta sesión de LECTURAS COMPARTIDAS una reflexión en torno a la relación entre la poesía, la espiritualidad y la búsqueda de Dios a través de la escritura. Este viaje poético tuvo algunos puntos precisos que develan los rasgos más importantes tanto de la poesía Sufí como de la literatura mística española. De un lado, está la condición de lo inefable, aquello de lo cual no se puede hablar, la dimensión trascendente, lo que está más allá. A esta característica de lo inefable se une el problema de la escritura, que en Oriente es parte del proceso espiritual y representa lo sagrado, y en Occidente se asume desde el ejercicio de la escritura monástica, aquella que se hacía en los grandes *Scriptorium* y que necesariamente consagra y materializa esa relación con Dios. De otro lado está esa intención siempre ambigua que impregna la experiencia poética Sufí y mística donde las palabras no dicen lo que dicen; la palabra poética espiritual brinca las barreras de la literalidad para esconder tras de sí la expresión de la inefable.

Este viaje comienza con un regalo, un obsequio a través de la palabra: la mermelada de rosas, un postre preparado con pétalos de rosa, que para el poeta Rumi representan el amor de Dios en la vida; la existencia es una deliciosa mermelada de rosas, una metáfora de la existencia y experiencia de lo inefable, por consiguiente, la inefabilidad de la poesía Sufí se sustenta en la idea del amor propio, un amor que permite llegar a comunicarse con Dios para ser un hombre perfecto. Pero para llegar a ello, es preciso reconocer que se es pobre espiritualmente, porque esa pobreza permite la comunión divina, la experiencia con lo sagrado. El sufismo como práctica espiritual busca entonces acercarse a la Divinidad, que es trascendente, que está más allá de la realidad mundana, no porque el mundo y sus lógicas sean nocivas para el ser, sino porque estas no pueden convertirse en la única realidad del ser humano.

Por su parte, la poesía mística española también retiene en su palabra y en su experiencia poética el amor a Dios y su representación en la escritura. Su flujo poético está derivado de ese contacto árabe, que estuvo presente en la cultura española en la invasión de los moros y que es legado cultural en la tradición poética espiritual en España. La intersección cultural entre judíos, cristianos y musulmanes, con sus respectivos libros sagrados, La Torá, la Biblia y el Corán, dejan una huella profunda en la poesía española y establecen las coordenadas que cruzarán más tarde al Siglo de Oro español. La gran tradición literaria en lengua castellana no solo debe la construcción de la lengua a la cultura árabe, sino que el sufismo, como corriente poética, también deja unos ecos en la península ibérica, a propósito de los delirios poéticos de España.



Ahora bien ¿quién es el poeta Sufi? Pregunta que emerge para contextualizar una expresión poética de Oriente que descarta y abandona todo placer mundano en una búsqueda que supone la esencia de la intimidad. El Sufi, es aquel que cultiva, de manera metafórica, el jardín de su corazón donde brota la sabiduría que le permiten comprender que es un ser cuya materialidad, su cuerpo, coexisten con la tierra, mientras su alma, su mente, lo incorpóreo, vive en el cielo, en esa búsqueda para comunicarse con Dios.

¿Y en Occidente? ¿Qué va sucediendo con esa búsqueda por comunicarse con Dios? La presencia de Hildegarda de Bingen, abadesa, líder monacal, mística, profetisa, médica, compositora y escritora alemana, mujer fundamental en nuestra cultura, que asume en la escritura una posibilidad para cartearse con los papas de la época y en la composición musical una búsqueda del éxtasis místico. Hildegarda de Bigen tiene visiones místicas que hablan de un cuerpo femenino que sangra, que da a luz, que siente, que desea; la imagen de la virgen María que es preanunciada por sus cánticos y poesías y que abren el cuerpo a una experiencia erótica, que posteriormente es borrada por los concilios ecuménicos y clausurada por su apertura como mujer y cuerpo.

El tema del cuerpo, presente en tanto experiencia erótica en la poesía mística, también se encuentra en el sufismo, solo que aquí el cuerpo es ante todo creación divina. No hay angustia por representarse o por representar el cuerpo, porque este es propiedad divina, un territorio que posibilita construir el camino del ardor y del corazón para lograr una purificación mental. Sentir a Dios en el corazón, sustraerse de lo mundano, sin perder de vista la trascendencia propia, esa es la esencia particular del Sufi.

Ahora bien, la tradición poética en España, que es ascética totalmente, tiene al menos tres momentos claves que permiten comprender la relación que los poetas y poetisas establecen con Dios en esos delirios de amor místico. Primero, se da una poesía purgativa, que de manera similar al Sufi, busca desprenderse de todo aquello que lo separa de Dios. Segundo, hay una poesía Unitiva, que claramente establece un deseo y una unión con Dios como ser supremo. Y tercero, una poesía de corte iluminativa que busca una aproximación divina y sacra a Dios. La tradición española, en términos poéticos, que tiene raíces semíticas y árabes, adquiere también una relación similar de desprendimiento, encuentro y coexistencia con Dios, a la manera como el sufismo concibe la divinidad como oportunidad para lograr una comunión espiritual con Dios a través del Verbo.

¿Y cuál es en últimas la búsqueda de la poesía Sufi? El sufismo tiene la capacidad de transformar al otro. La poesía, penetra en el interior del ser, llamándolo para que sea él quien establezca una relación con Dios; en el sufismo se habla con Dios no de él. Por ello, el sufismo, que igual manera como en la poesía mística española, logran un sentido de comunicación con Dios; los poetas se internan en su corazón, en su esencia como seres, en lo



más primigenio, lo que aproxima al ser a Dios y a Dios como fuente de comunicación y reflexión perpetua.

Pero esa comunicación en la poesía Sufi y mística además de reflejar esa unión perfecta con Dios, es una unión también que se da en términos del amor, que es también algo inefable. Lo bello, lo amado, lo divino, son grandes temas que aparecen en la poesía Mística y Sufi y que necesariamente siempre debe aparecer en la forma más bella que pueda tener una lengua. Los esfuerzos para hablar del amor, para hablar de lo divino, de lo que no se contiene tan fácilmente en las palabras, es uno de los grandes logros de la poesía espiritual. Por ejemplo, de un lado, la tradición poética española es producida por un registro lingüístico maravilloso, motivo por el cual, frente a lo que no se puede decir, se trata de hacer un esfuerzo por aproximarse a lo divino y lo sagrado en una lengua poética merezca ser lengua para hablar de Dios. De otro lado, el caso árabe, cuya lengua se divide en un uso poético y culto, donde residen la mayor parte de las producciones literarias y una lengua coloquial, más del orden de la interacción diaria. En los dos casos, la lengua poética, es por antonomasia, la lengua que busca la experiencia de lo inefable.

Este viaje entre la poesía Sufi y la poesía mística española también permite conocer algunos de los poetas más importantes de estas dos tradiciones poéticas. En primer lugar, las figuras de Teresa de Ávila y Juan de la Cruz, para la mística española, representan el más claro ejemplo de comunión, éxtasis y amor presente en la escritura poética con Dios. Cuando se piensa en Dios se inicia el camino para acercarse a él. En el camino místico, que siempre es comunión con lo Divino, saber que Dios vive en uno, es la certeza de su amor y del amor que se siente por él; Dios es cautivo y a la vez cautiva al ser. Así lo expresa Teresa de Ávila en su ya conocida poesía, *Vivo sin vivir en mí*:

*Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.*

*Vivo ya fuera de mí,
después que muero de amor;
porque vivo en el Señor,
que me quiso para sí:
cuando el corazón le di
puso en él este letrero,
que muero porque no muero.*



Es preciso advertir que tanto Teresa de Jesús como Juan de la Cruz, escriben vigilados por la ortodoxia y la única salida para escribir es la vida retirada, la vida ermitica. El poeta y la poetisa se sustraen de la vida mundana, de las tribulaciones de la realidad para evadirse en la escritura, que se convierte en su refugio, en un escape de las amarguras de un mundo caótico, de un mundo que vigila, que castiga, que perdona solo en la redención y la muerte. Juan de la Cruz en *Llama de amor viva* no dice:

*Oh llama de amor viva,
que tiernamente hieres
de mi alma en el más profundo centro!
Pues ya no eres esquiva,
acaba ya, si quieres;
¡rompe la tela de este dulce encuentro!*

En segundo lugar, la experiencia Sufi, por su aspiración a la perfección espiritual, abandona lo ostentoso y recalca en sus plegarias místicas, que se repiten varias veces, la existencia de Dios. La metáfora, tan usual en el lenguaje poético, en el sufismo abre al mundo nuevas posibilidades que expresan lo inaudito, lo inefable, esa unión indivisible entre el amor y Dios sustentado, claro está, en la Fe. Desde esta perspectiva, poetas como Hafez, Rumi y Sa`di, inscriben su ejercicio poético en esa búsqueda de Dios y del amor. Al respecto Rumi, escribe de la siguiente manera:

*La brisa de la mañana guarda secretos para ti
No te vayas a dormir.
Debes pedir lo que realmente quieres
No te vayas a dormir.
La gente va y viene a través del umbral
Donde los dos mundos se tocan
No te vayas a dormir*

Por su parte, Hafez, conocido como el gran memorizador del Corán y el gran poeta de la vida cortesana, escribe sobre el vino (por el sentido de la embriaguez, propio de lo divino) sobre la vida cotidiana, sobre el amor, la caza, sobre las formas de alabar a Dios. Para Hafez, Dios es el amado, el alabado. El Sufi escribe en Deberíamos hablar de este problema:

*Existe una Hermosa Criatura
Viviendo en un agujero que has cavado.*



*Así que de noche voy
Y pongo frutos y granos
Y tarros de vino y leche
Al lado de tus tiernos montículos de
Tierra,
Y suelo cantar.
Pero aún así, querido mío,
Tú no sales.
Me he enamorado de Alguien
Que se esconde dentro de ti.
Deberíamos hablar de este problema, de otra forma,
Nunca más te dejaré tranquilo.*



De otra parte, el asunto de la caligrafía es preciso resaltarlo en este viaje poético. En Oriente es considerada un arte porque no se puede representar a Dios a través de ninguna figura o imagen. Por tanto, una manera de expresar lo divino, originaria del Corán, es hacer de la caligrafía una relación con lo divino. La base del ejercicio caligráfico es ante todo una actividad mística, porque implica todo un ritual para escribir: la palabra se revela y es convertida en arte, en el arte de la expresión y de comunicación con Dios. La labor de enseñanza del Maestro a sus discípulos constituye un rito que conjuga la disciplina y el respeto hacia el ejercicio de la escritura y de los materiales que se necesitan para hacer de la caligrafía un arte: hoja, cálamo, tinta.





El conversatorio concluye cuando la experiencia del éxtasis místico y la experiencia erótica se hacen una para encarnar una de las piezas escultóricas fundamentales de nuestra cultura, La reverberación de Santa Teresa de Bernini. Un Eros que vive desnudo, vive en ninguna parte, vive adentro y afuera, vive en el amor que se siente por Dios, es Angelos, el niño ciego que lleva un carjac con flechas doradas, (préstamo claramente de las mitologías mediterráneas) y que lanza una flecha que llega directamente al corazón, donde la llama de amor requiebra deliciosamente la imagen de Santa Teresa; un dolor que no puede cesar, porque a la vez es el sustrato del éxtasis por lo divino. El éxtasis está en escena. Bernini fija su atención como escultor en la Seda. La corporalidad de Santa Teresa en esa transverberación por Dios se deshace en el movimiento quieto de la seda, en el puro temblor. El desmayo es lánguido, delicado, y se muestra en los pies y las manos. La experiencia erótica deja al cuerpo sin cuerpo.

